

Ralph Waldo Emerson

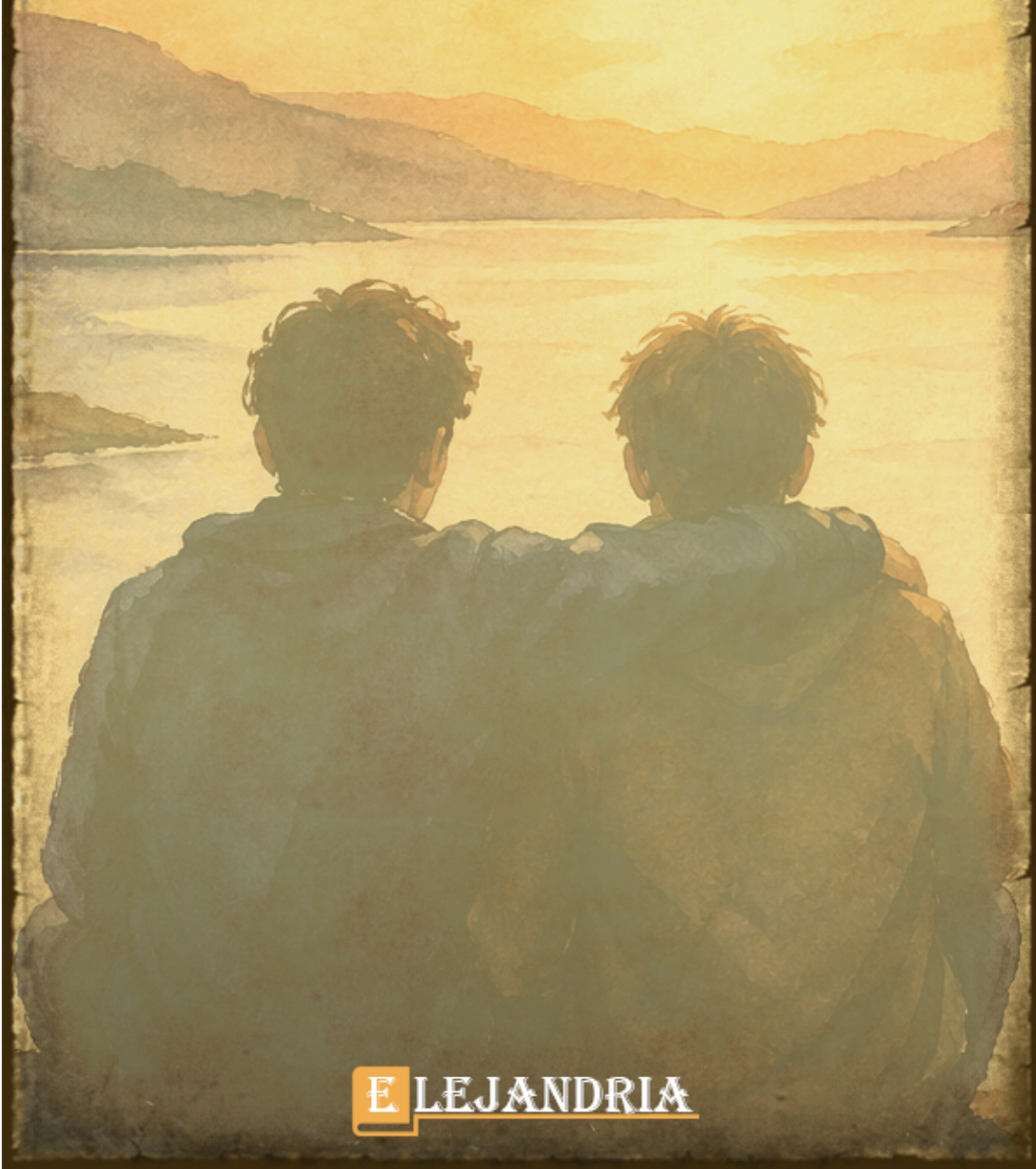
Amistad



E LEJANDRIA

Ralph Waldo Emerson

Amistad



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

AMISTAD

RALPH WALDO EMERSON

PUBLICADO: 1841

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: ESSAYS: FIRST SERIES

AMISTAD

POEMA PRELIMINAR

Una gota bermeja de sangre viril supera al mar embravecido, el mundo incierto va y viene, el amante arraigado permanece. Creí que se había marchado, y, tras largos años, brilló una bondad inagotable como el amanecer de cada día. Mi corazón cauto volvió a ser libre — ¡Oh, amigo!, me dijo el pecho, solo a través de ti se arquea el cielo, solo a través de ti es roja la rosa, todas las cosas, por ti, alcanzan forma más noble y miran más allá de la tierra, y es la rutina sin fin de nuestro destino un camino de sol en tu valía. A mí también tu nobleza me ha enseñado a dominar mi desesperanza; los manantiales de mi vida oculta son, por tu amistad, luminosos.

AMISTAD

Atesoramos mucha más bondad de la que jamás expresamos con palabras. A pesar de todo el egoísmo que enfría el mundo como viento del este, la humanidad entera está bañada en un elemento de amor semejante a un éter sutil. ¡Cuántas personas encontramos en las casas con quienes apenas hablamos, pero a quienes honramos, y que nos honran a nosotros! ¡Cuántas vemos por la calle, o junto a quienes nos sentamos en la iglesia, con quienes, en silencio, nos alegramos sinceramente de estar! Lee el lenguaje de esas miradas errantes. El corazón lo sabe.

El efecto de entregarse a este afecto humano es una cierta exhilaración cordial. En la poesía y en el habla común, las emociones de benevolencia y complacencia que sentimos hacia los demás se comparan con los efectos materiales del fuego; así de veloces, o mucho más veloces, más activas, más reconfortantes, son estas íntimas irradiaciones. Desde el grado más alto del amor apasionado hasta el más tenue de la buena voluntad, constituyen la dulzura de la vida.

Nuestras facultades intelectuales y activas crecen con el afecto. El estudioso se sienta a escribir y todos sus años de meditación no le proporcionan ni un solo pensamiento acertado ni una expresión feliz; pero cuando ha de escribir una carta a un amigo, al punto una tropa de pensamientos gentiles se reviste, en torno a él, de palabras escogidas. Observa, en cualquier casa donde moran la virtud y el amor propio, la palpitación que produce la llegada de un desconocido. Se espera y anuncia a un forastero recomendado, y una inquietud entre el placer y el dolor invade todos los corazones de la casa. Su llegada casi infunde temor en los buenos corazones que quisieran recibirle bien. Se sacude el polvo de la casa, todo vuela a su sitio, el abrigo viejo se cambia por el nuevo, y se

esfuerzan por preparar una buena cena si pueden. De un forastero recomendado, solo los otros cuentan su buen nombre, y solo lo bueno y lo nuevo es lo que nosotros oímos. Para nosotros representa a la humanidad. Es lo que deseamos. Habiéndolo imaginado e idealizado, nos preguntamos cómo nos relacionaríamos con él en la conversación y en la acción, y nos turba el temor. La misma idea eleva la conversación con él. Hablamos mejor de lo que acostumbramos. Tenemos la fantasía más viva, una memoria más rica, y nuestro demonio mudo se ha ausentado por un tiempo. Durante largas horas podemos sostener una serie de comunicaciones sinceras, elegantes y ricas, extraídas de la experiencia más antigua y más secreta, de modo que quienes estén sentados cerca de nosotros, familiares y conocidos, se sorprenden de nuestros poderes inusitados. Pero en cuanto el forastero empieza a introducir en la conversación sus preferencias, sus definiciones, sus defectos, todo se acaba. Ha oído lo primero, lo último y lo mejor que jamás oirá de nosotros. Ya no es un forastero. La vulgaridad, la ignorancia, el malentendido son viejos conocidos. Ahora, cuando viene, quizá obtenga el orden, el vestido y la cena; pero el latido del corazón y las comunicaciones del alma, ya no.

¿Qué hay tan grato como esos chispazos de afecto que crean para mí un mundo joven de nuevo? ¿Qué tan delicioso como el encuentro justo y firme de dos personas en un pensamiento, en un sentimiento? ¡Qué hermosos, al acercarse a este corazón palpitante, los pasos y las formas de los dotados y los verdaderos! En el momento en que nos entregamos a nuestros afectos, la tierra se metamorfosea: no hay invierno ni noche; todas las tragedias, todos los hastíos se desvanecen —incluso todos los deberes—; nada llena la eternidad que avanza sino las formas radiantes de los seres amados. Que el alma tenga la certeza de que en algún lugar del universo volverá a encontrar a su amigo, y se sentirá contenta y serena estando sola durante mil años.

Esta mañana desperté con devoto agradecimiento por mis amigos, los de siempre y los nuevos. ¿No llamaré Dios a lo Bello, que así se me muestra cada día en sus dones? Reprendo a la sociedad, abrazo

la soledad, y sin embargo no soy tan desagradecido que no sepa ver a los sabios, a los amables y a los de noble corazón cuando de vez en cuando pasan ante mi puerta. Quien me oye, quien me comprende, se convierte en mío —una posesión para siempre—. Y la naturaleza no es tan pobre que no me conceda esta alegría varias veces, y así tejemos nuestros propios hilos sociales, una nueva red de relaciones; y, a medida que muchos pensamientos sucesivos se materializan, acabaremos por estar en un mundo nuevo de nuestra propia creación, y ya no seremos extraños ni peregrinos en un globo de tradición. Mis amigos han llegado a mí sin que los buscase. El gran Dios me los dio. Por el más antiguo de los derechos, por la afinidad divina de la virtud consigo misma, los encuentro, o más bien no los encuentro yo, sino que la Divinidad que hay en mí y en ellos se ríe y cancela los gruesos muros del carácter individual, la relación, la edad, el sexo, las circunstancias, ante los que habitualmente hace la vista gorda, y convierte ahora a muchos en uno. Os debo un profundo agradecimiento, excelsos amantes, que lleváis el mundo hacia mí a nuevas y nobles honduras, y amplíais el significado de todos mis pensamientos. Sois nueva poesía del primer Bardo —poesía sin pausa—, himno, oda y epopeya, poesía que fluye aún, Apolo y las Musas cantando todavía. ¿Se separarán también estos de mí, o alguno de ellos? No lo sé, pero no lo temo; porque mi relación con ellos es tan pura que nos sostenemos por simple afinidad, y siendo así el Genio de mi vida tan sociable, esa misma afinidad ejercerá su energía sobre quienquiera que sea tan noble como estos hombres y mujeres, dondequiera que me halle.

Confieso una extrema delicadeza de temperamento en este punto. Casi me es peligroso «aplantar el dulce veneno del vino mal usado» de los afectos. Una persona nueva es para mí un gran acontecimiento y me quita el sueño. He tenido a menudo bellas fantasías sobre personas que me han dado horas deliciosas; pero la alegría termina en el mismo día, no da fruto alguno. El pensamiento no nace de ella; mi acción se modifica muy poco. Debo sentir orgullo por los logros de mi amigo como si fuesen míos, y tener como propiedad sus virtudes. Siento la misma calidez cuando le elogian

que el enamorado cuando oye alabar a su prometida. Sobreestimamos la conciencia de nuestro amigo. Su bondad nos parece mejor que la nuestra, su naturaleza más fina, sus tentaciones menores. Todo lo que es suyo —su nombre, su figura, su vestido, sus libros y sus instrumentos— la fantasía lo realza. Nuestro propio pensamiento suena nuevo y mayor en su boca.

Y sin embargo, la sístole y la diástole del corazón tienen su analogía en el flujo y el reflujo del amor. La amistad, como la inmortalidad del alma, es demasiado buena para creer en ella. El enamorado que contempla a su amada sabe a medias que ella no es de veras lo que él adora; y en la hora dorada de la amistad nos sorprenden sombras de sospecha y de incredulidad. Dudamos de que atribuyamos a nuestro héroe las virtudes en que resplandece, y después adoramos la forma a la que hemos adscrito esta divina morada. En rigor, el alma no respeta a los hombres como se respeta a sí misma. En ciencia estricta, todas las personas están sujetas a la misma condición de una lejanía infinita. ¿Hemos de temer enfriar nuestro amor excavando los cimientos metafísicos de este templo eliseo? ¿No será tan real como las cosas que veo? Si lo soy, no temeré conocerlas por lo que son. Su esencia no es menos hermosa que su apariencia, aunque requiera órganos más finos para captarla. La raíz de la planta no es desagradable para la ciencia, aunque para guirnaldas y festones cortemos el tallo por lo corto. Y debo arriesgarme a producir el hecho desnudo en medio de estas agradables ensoñaciones, aunque resulte ser una calavera egipcia en nuestro banquete. Un hombre que permanece unido a su pensamiento se concibe a sí mismo de forma magnífica. Tiene conciencia de un éxito universal, aunque logrado a costa de fracasos particulares uniformes. Ninguna ventaja, ningún poder, ningún oro ni fuerza puede igualársele. No puedo sino fiarme de mi propia pobreza más que de tu riqueza. No puedo hacer que tu conciencia equivalga a la mía. Solo la estrella deslumbra; el planeta tiene un rayo débil y lunar. Oigo lo que dices sobre las admirables cualidades y el temple probado del amigo al que ensalzas, pero veo bien que, con todos sus mantos de púrpura, no me gustará, a menos que sea al fin un

pobre griego como yo. No puedo negarlo, oh amigo, que la vasta sombra de lo Fenoménico te abarca también a ti en su inmensidad abigarrada y pintada —a ti también, en comparación con quien todo lo demás es sombra—. Tú no eres el Ser, como lo es la Verdad, como lo es la Justicia; no eres mi alma, sino un retrato y una efigie de ella. Has llegado a mí hace poco, y ya estás cogiendo el sombrero y el abrigo. ¿No es acaso que el alma produce amigos como el árbol produce hojas, y que pronto, con el brote de nuevas yemas, expulsa la hoja vieja? La ley de la naturaleza es la alternancia perpetua. Cada estado eléctrico induce el opuesto. El alma se rodea de amigos para adentrarse en un autoconocimiento o soledad más grandes; y marcha sola por una temporada para exaltar su conversación o sociedad. Este método se delata a lo largo de toda la historia de nuestras relaciones personales. El instinto del afecto aviva la esperanza de unión con los nuestros, y el renovado sentimiento de aislamiento nos retrae de la búsqueda. Así, cada hombre pasa su vida en la búsqueda de la amistad, y si expresase su verdadero sentimiento, podría escribir una carta como esta a cada nuevo candidato a su amor:

QUERIDO AMIGO:

Si estuviera seguro de ti, seguro de tu capacidad, seguro de hacer coincidir mi estado de ánimo con el tuyo, jamás volvería a pensar en nimiedades en relación con tus venidas y tus partidas. No soy muy sabio; mis estados de ánimo son bastante asequibles; y respeto tu genio, que para mí es aún insondable; con todo, no oso presumir en ti una comprensión perfecta de mí, y así eres para mí un delicioso tormento. Tuyo siempre, o nunca.

Y sin embargo, estos placeres inquietos y estas finas penas son para la curiosidad, no para la vida. No hay que entregarse a ellos. Esto es tejer telarañas, no paño. Nuestras amistades se precipitan a

conclusiones breves y pobres porque hemos hecho de ellas una trama de vino y sueños en lugar de la fibra resistente del corazón humano. Las leyes de la amistad son austeras y eternas, del mismo tejido que las leyes de la naturaleza y de la moral. Pero hemos aspirado a un beneficio rápido y mezquino, a sorber una dulzura repentina. Arrancamos el fruto más tardío de todo el jardín de Dios, que muchos veranos y muchos inviernos han de madurar. Buscamos a nuestro amigo no con sacralidad, sino con una pasión adulterada que querría apropiárselo. En vano. Estamos armados por todas partes con antagonismos sutiles que, en cuanto nos encontramos, empiezan a actuar y convierten toda la poesía en prosa rancia. Casi todo el mundo desciende para encontrarse. Toda asociación ha de ser un compromiso y, lo que es peor, la flor misma y el aroma de la flor de cada una de las bellas naturalezas desaparece en cuanto se acercan entre sí. ¡Qué perpetua decepción es la sociedad real, incluso la de los virtuosos y los dotados! Después de encuentros tramados con larga previsión, hemos de sentirnos de inmediato atormentados por golpes fallidos, por apatías repentinas e inoportunas, por epilepsias del ingenio y de los espíritus animales, en los días de mayor plenitud de la amistad y el pensamiento. Nuestras facultades no nos son fieles, y ambas partes quedan aliviadas por la soledad.

Debo estar a la altura de cada relación. No importa cuántos amigos tenga ni qué contento pueda hallar en conversar con cada uno, si hay alguien a quien no sea capaz de enfrentarme como igual. Si me he acobardado desigual en un combate, la alegría que encuentro en todos los demás se vuelve rastrera y cobarde. Me odiaría a mí mismo si hiciera entonces de mis otros amigos mi refugio.

«El valiente guerrero famoso por su lucha, tras cien victorias, una vez vencido, es borrado del libro del honor del todo, y olvidado cuanto con esfuerzo consiguió.»

Nuestra impaciencia queda así agudamente reprendida. La timidez y la apatía son una corteza dura que protege una organización

delicada de una maduración prematura. Se perdería si se conociera a sí misma antes de que alguna de las mejores almas estuviese madura para reconocerla y reclamarla. Respeta la *Naturlangsamkeit* que endurece el rubí en un millón de años y obra en la duración, en la que los Alpes y los Andes vienen y van como arcoíris. El buen espíritu de nuestra vida no tiene paraíso alguno que sea precio de la temeridad. El amor, que es la esencia de Dios, no es para la ligereza, sino para la valía total del hombre. No tengamos este lujo infantil en nuestros afectos, sino la valía más austera; acerquémonos a nuestro amigo con una confianza audaz en la verdad de su corazón, en la amplitud, imposible de derribar, de sus cimientos.

Los atractivos de este tema son irresistibles, y dejo por el momento todo análisis de beneficios sociales secundarios para hablar de esa relación selecta y sagrada que es una especie de absoluto, y que incluso hace que el lenguaje del amor parezca sospechoso y vulgar, tan pura es esta, y tan divina como nada lo es.

No quiero tratar las amistades con delicadeza, sino con la más ruda valentía. Cuando son reales, no son hilos de cristal ni obra de escarcha, sino la cosa más sólida que conocemos. Pues bien, tras tantas edades de experiencia, ¿qué sabemos de la naturaleza, o de nosotros mismos? El hombre no ha dado ni un solo paso hacia la solución del problema de su destino. En una misma condena de necesidad se halla el universo entero de los hombres. Pero la dulce sinceridad de la alegría y la paz que extraigo de esta alianza con el alma de mi hermano es la nuez misma, de la que toda la naturaleza y todo el pensamiento son mera cáscara y corteza. ¡Dichosa la casa que alberga un amigo! Bien podría construirse, como un pabellón o un arco festivo, para recibirle tan solo un día. ¡Más dichosa aún si él conoce la solemnidad de esa relación y honra su ley! Quien se ofrece candidato a ese pacto se presenta, como un olímpico, a los grandes juegos donde los primogénitos del mundo son los competidores. Se propone para los certámenes donde el Tiempo, la Necesidad y el Peligro están en liza, y solo es vencedor quien tiene en su constitución verdad bastante para preservar la delicadeza de su hermosura del desgaste de todo eso. Los dones de la fortuna

pueden estar presentes o ausentes, pero toda la velocidad en ese certamen depende de la nobleza intrínseca y del desprecio de las nimiedades. Hay dos elementos en la composición de la amistad, cada uno tan soberano que no percibo superioridad alguna en ninguno, ni razón para que uno se nombre antes que el otro. El primero es la Verdad. Un amigo es una persona ante quien puedo ser sincero. Ante él puedo pensar en voz alta. He llegado al fin a la presencia de un hombre tan real e igual que puedo desprenderme incluso de esas prendas más íntimas de disimulo, cortesía y segundo pensamiento que los hombres nunca se quitan, y tratar con él con la sencillez y la integridad con que un átomo químico se encuentra con otro. La sinceridad es el lujo concedido, como las diademas y la autoridad, solo al rango más alto, al que le es permitido hablar con verdad por no tener a nadie por encima de quien halagar o a quien conformarse. Todo hombre es sincero a solas. Con la entrada de una segunda persona, comienza la hipocresía. Paramos y desviamos la aproximación de nuestro prójimo con cumplidos, con chismorreos, con distracciones, con asuntos. Le ocultamos nuestro pensamiento bajo cien capas. Conocí a un hombre que, bajo cierto frenesí religioso, se despojó de ese ropaje y, omitiendo todo cumplido y toda trivialidad, hablaba a la conciencia de cada persona que encontraba, y ello con gran penetración y hermosura. Al principio fue rechazado, y todos estuvieron de acuerdo en que estaba loco. Pero al persistir en esa conducta —como en efecto no podía evitar— durante algún tiempo, alcanzó la ventaja de poner a cada uno de sus conocidos en una relación verdadera con él. Nadie pensaría en hablarle con falsedad ni en despacharlo con charla de mercados o salas de lectura. Cada uno, compelido por tanta sinceridad a la misma franqueza, le mostraba todo el amor por la naturaleza, toda la poesía, todo el símbolo de verdad que poseía. Pero para la mayoría de nosotros, la sociedad no muestra su rostro y sus ojos, sino su costado y su espalda. Estar en verdadera relación con los hombres en una época falsa bien vale un acceso de locura, ¿no es así? Rara vez podemos caminar erguidos. Casi todo hombre que encontramos exige cierta deferencia —exige que se le siga la corriente—; tiene alguna fama, algún talento, algún capricho de

religión o de filantropía en la cabeza que no está para cuestionamientos, y que echa a perder toda conversación con él. Pero un amigo es un hombre cuerdo que no pone en ejercicio mi ingenio, sino a mí mismo. Mi amigo me brinda entretenimiento sin exigirme condición alguna a cambio. Un amigo es, por tanto, una especie de paradoja en la naturaleza. Yo, que existo solo, que no veo en la naturaleza nada cuya existencia pueda afirmar con igual evidencia que la mía, contemplo ahora el semejante de mi ser, en toda su altura, variedad y singularidad, reiterado en una forma ajena; de modo que bien puede contarse al amigo como la obra maestra de la naturaleza.

El otro elemento de la amistad es la ternura. Estamos ligados a los hombres por toda suerte de vínculos —por la sangre, el orgullo, el miedo, la esperanza, el interés, el deseo, el odio, la admiración, por toda circunstancia, insignia y nadería—, pero apenas podemos creer que en otro pueda haber tanto carácter como para atraernos por amor. ¿Puede otro ser tan dichoso, y nosotros tan puros, que podamos ofrecerle ternura? Cuando un hombre me es querido, he alcanzado la meta de la fortuna. Encuentro muy poco escrito directamente al corazón de este asunto en los libros. Y, sin embargo, tengo un texto que no puedo por menos de recordar. Mi autor dice: «Me ofrezco tenue y torpe a aquellos de quienes soy de verdad, y me entrego menos a quien más me he consagrado.» Quisiera que la amistad tuviera pies, además de ojos y elocuencia. Debe plantarse en tierra firme antes de saltar por encima de la luna. Quisiera que fuera un poco ciudadana antes de ser del todo querube. Reprendemos al ciudadano porque convierte el amor en mercancía. Es un intercambio de dones, de préstamos útiles; es buena vecindad; vela a los enfermos; sostiene el féretro en el entierro; y pierde completamente de vista las delicadezas y la nobleza de la relación. Pero aunque no podemos encontrar al dios bajo este disfraz de vivandero, tampoco podemos perdonarle al poeta que hile su hilo demasiado fino y no sustancie su romance con las virtudes cívicas de la justicia, la puntualidad, la fidelidad y la compasión. Detesto la prostitución del nombre de la amistad para significar alianzas

mundanas y de moda. Prefiero con mucho la compañía de labriegos y buhoneros a la amistad sedosa y perfumada que celebra sus días de encuentro con una exhibición frívola, con paseos en calesa y cenas en las mejores tabernas. El fin de la amistad es un comercio el más estricto y llano que pueda existir; más estricto que cualquiera de los que conocemos. Es para el auxilio y el consuelo en todas las relaciones y trances de la vida y de la muerte. Es propia de días serenos, dones graciosos y paseos por el campo, pero también de caminos ásperos y magro sustento, naufragios, pobreza y persecución. Acompaña los arranques del ingenio y los arrobamientos de la religión. Debemos ennoblecernos mutuamente en las necesidades y ocupaciones cotidianas de la vida del hombre, y embellecerla con valentía, sabiduría y unidad. No debe caer nunca en algo habitual y establecido, sino mantenerse alerta e inventiva, y añadir rima y razón a lo que era rutina.

Puede decirse que la amistad requiere naturalezas tan raras y preciosas, cada una tan bien templada y tan felizmente dispuesta, y a la vez tan bien circunstanciada —pues incluso en eso, dice un poeta, el amor exige que las partes estén perfectamente emparejadas—, que su plenitud puede asegurarse muy raramente. No puede subsistir en su perfección, dicen algunos de los entendidos en esta cálida ciencia del corazón, entre más de dos. No soy tan estricto en mis términos, quizá porque nunca he conocido un compañerismo tan elevado como otros. Me complace más la imaginación de un círculo de hombres y mujeres semejantes a dioses, relacionados entre sí de múltiples formas, y entre quienes subsiste una inteligencia elevada. Pero encuentro esta ley de uno a uno perentoria para la conversación, que es la práctica y la consumación de la amistad. No mezcles demasiado las aguas. Las mejores se mezclan tan mal como las buenas y las malas. Puedes mantener un discurso muy útil y estimulante en distintos momentos con dos hombres distintos, pero si los tres os reunís, no lograréis ni una sola palabra nueva y sincera. Dos pueden hablar y uno escuchar, pero tres no pueden tomar parte en una conversación del tipo más sincero y profundo. En buena compañía, nunca tiene lugar entre

dos, a través de la mesa, el mismo diálogo que cuando se les deja solos. En buena compañía, los individuos funden su egoísmo en un alma social exactamente coextensa con las conciencias presentes. No hay lugar para preferencias de amigo a amigo, ni para ternuras de hermano a hermana, de esposa a esposo; muy al contrario. Solo puede hablar entonces quien sea capaz de navegar en el pensamiento común de la reunión, y no se limite pobremente al suyo propio. Pero esta convención, que impone el buen sentido, destruye la alta libertad de la gran conversación, que requiere una fusión absoluta de dos almas en una.

No hay dos hombres que, quedándose solos el uno con el otro, no entren en relaciones más sencillas. Ahora bien, es la afinidad la que determina cuáles dos han de conversar. Los hombres sin relación entre sí se dan poca alegría mutuamente; jamás sospecharán los poderes latentes del otro. A veces hablamos de un gran talento para la conversación, como si fuese una propiedad permanente de algunos individuos. La conversación es una relación efímera, nada más. Se dice de un hombre que tiene pensamiento y elocuencia; con todo ello, no es capaz de decir una sola palabra a su primo o a su tío. Le acusan de su silencio con tanta razón como si culparan la insignificancia de un reloj de sol a la sombra. Al sol, marcará la hora. Entre quienes disfrutan de su pensamiento, recobrará la lengua.

La amistad exige ese raro término medio entre semejanza y diferencia que pica a cada uno con la presencia del poder y del consentimiento en el otro. Prefiero estar solo hasta el fin del mundo antes que mi amigo sobrepase, con una palabra o una mirada, su simpatía real. Me resultan igualmente estériles el antagonismo y la condescendencia. Que no cese un instante de ser él mismo. La única alegría que me produce que sea mío es que lo que no es mío sí lo es. Detesto encontrar, allí donde esperaba un viril estímulo, o al menos una viril resistencia, una papilla de concesiones. Mejor ser una ortiga en el costado de tu amigo que su eco. La condición que exige la amistad elevada es la capacidad de prescindir de ella. Ese alto cargo requiere partes grandes y sublimes. Deben ser verdaderamente dos antes de poder ser verdaderamente uno. Sea

una alianza de dos naturalezas grandes y formidables, mutuamente contempladas, mutuamente temidas, antes de que reconozcan la profunda identidad que bajo esas disparidades las une.

Solo es apto para esa compañía quien es magnánimo; quien está seguro de que la grandeza y la bondad son siempre la mejor economía; quien no se apresura a inmiscuirse en su fortuna. Que no se inmiscuya en esto. Deja al diamante sus edades para crecer, y no esperes acelerar los nacimientos de lo eterno. La amistad exige un trato religioso. Hablamos de elegir a nuestros amigos, pero los amigos se eligen a sí mismos. La reverencia es parte importante de ella. Contempla a tu amigo como un espectáculo. Claro que tiene méritos que no son tuyos, y que no puedes honrar si te empeñas en tenerle cerca de ti. Hazte a un lado; da espacio a esos méritos; deja que asciendan y se expandan. ¿Eres amigo de los botones de tu amigo, o de su pensamiento? Ante un gran corazón seguirá siendo extraño en mil particulares, para poder acercarse en el terreno más sagrado. Deja a las chicas y a los chicos considerar a un amigo como una propiedad, y sorber un placer breve y confundidor, en lugar del beneficio más noble.

Paguemos nuestra entrada en este gremio con una larga prueba. ¿Por qué habríamos de profanar almas nobles y hermosas importunándolas? ¿Por qué insistir en relaciones personales precipitadas con tu amigo? ¿Por qué ir a su casa, o conocer a su madre y a sus hermanos y hermanas? ¿Por qué permitir que te visite en la tuya? ¿Son estas cosas esenciales a nuestro pacto? Deja este tocar y agarrar. Sea para mí un espíritu. Un mensaje, un pensamiento, una sinceridad, una mirada suya es lo que quiero, no noticias ni gachas. La política, la charla y las comodidades de vecindad las obtengo de compañeros más baratos. ¿No debería la compañía de mi amigo serme poética, pura, universal y grande como la naturaleza misma? ¿No debería sentir que nuestro vínculo es profano en comparación con aquella franja de nubes que reposa en el horizonte, o con ese grupo de hierba ondulante que divide el arroyo? No lo envilezca, sino elévalo a ese nivel. Esos grandes ojos desafiantes, esa belleza desdeñosa de su talante y su actitud, no te

piques en reducirlos, sino más bien fortifícalos y realzalos. Venera sus superioridades; no lo desees menor en un solo pensamiento, antes atesóralas y cuéntalas todas. Guárdalo como tu contraparte. Sea para ti por siempre una especie de bello enemigo, indomable, devotamente reverenciado, y no una trivial conveniencia que pronto se supera y se descarta. Los matices del ópalo, la luz del diamante no se perciben si el ojo está demasiado cerca. A mi amigo le escribo una carta, y de él recibo una carta. Eso te parece poco. A mí me basta. Es un don espiritual digno de él para dar, y de mí para recibir. No profana a nadie. En esas cálidas líneas el corazón se confiará a sí mismo como no lo hace con la lengua, y derramará la profecía de una existencia más divina de la que todos los anales del heroísmo han logrado hasta ahora.

Respetar en tal medida las santas leyes de este compañerismo que no perjudiques su flor perfecta con tu impaciencia por su apertura. Debemos ser nuestros antes de poder ser del otro. Hay al menos esta satisfacción en el crimen, según el proverbio latino: puedes hablar con tu cómplice en pie de igualdad. *Crimen quos inquinat, aequat*. A quienes admiramos y amamos, al principio no podemos. Y, sin embargo, el menor defecto de dominio propio vicia, a mi entender, la relación entera. Nunca puede haber paz profunda entre dos espíritus, nunca respeto mutuo, hasta que en su diálogo cada uno represente al mundo entero.

Lo que es tan grande como la amistad, llevémoslo con toda la grandeza de espíritu que podamos. Guardemos silencio —así podremos oír el susurro de los dioses—. No nos entrometamos. ¿Quién te puso a discurrir sobre lo que debes decir a las almas selectas, o cómo decirles algo? No importa cuán ingenioso, cuán elegante y apacible. Hay innumerables grados de necedad y de sabiduría, y que tú digas algo es ya ser frívolo. Aguarda, y tu corazón hablará. Aguarda hasta que lo necesario y eterno te arrolle, hasta que el día y la noche se sirvan de tus labios. La única recompensa de la virtud es la virtud; la única forma de tener un amigo es serlo. No te acercarás más a un hombre entrando en su casa. Si sois diferentes, su alma huirá de ti aún más deprisa, y

nunca captarás una mirada verdadera de sus ojos. Vemos a los nobles a lo lejos, y nos repelen; ¿por qué habríamos de inmiscuirnos? Tarde —muy tarde— advertimos que ningún arreglo, ninguna presentación, ningún hábito o costumbre de la sociedad nos habría servido para establecer con ellos las relaciones que deseamos, sino únicamente el surgimiento de la naturaleza en nosotros hasta el mismo grado en que está en ellos; entonces nos encontraremos como el agua con el agua; y si no llegáramos a encontrarlos entonces, no los echaríamos de menos, pues ya somos ellos. En último análisis, el amor no es sino el reflejo de la propia valía de un hombre en los demás hombres. Los hombres se han intercambiado a veces el nombre con sus amigos, como si quisieran significar que en el amigo cada uno amaba su propia alma.

Cuanto más elevado sea el estilo que exigimos a la amistad, más difícil será, naturalmente, establecerla con carne y sangre. Caminamos solos por el mundo. Los amigos tales como los deseamos son sueños y fábulas. Pero una esperanza sublime alienta siempre el corazón fiel: en algún lugar, en otras regiones del poder universal, hay almas que ahora actúan, padecen y osan, que pueden amarnos y a las que podemos amar. Podemos congratularnos de que el período de la minoridad, de las necesidades, de los errores y de la vergüenza se pase en soledad, y que cuando seamos hombres acabados, estrecharemos manos heroicas entre manos heroicas. Solo déjate advertir por lo que ya ves: no conciertes lazos de amistad con personas vulgares donde no puede haber amistad. Nuestra impaciencia nos arrastra a alianzas temerarias y necias a las que ningún dios asiste. Persistiendo en tu camino, aunque pierdas lo poco, ganas lo grande. Te demuestras a ti mismo de modo que te pones fuera del alcance de las relaciones falsas, y atraes hacia ti a los primogénitos del mundo —esos raros peregrinos de los que solo uno o dos vagan a la vez por la naturaleza, y ante quienes los grandes vulgares no son sino espectros y sombras.

Es necio temer que hagamos nuestros vínculos demasiado espirituales, como si así pudiéramos perder cualquier amor genuino. Cualquier corrección de nuestras visiones populares que hagamos

desde la perspicacia, la naturaleza se encargará de confirmárnosla, y aunque parezca robarnos alguna alegría, nos la devolverá mayor. Sintamos, si queremos, el aislamiento absoluto del hombre. Estamos seguros de que lo tenemos todo en nosotros. Vamos a Europa, o buscamos personas, o leemos libros, con la fe instintiva de que estas cosas lo sacarán a la luz y nos revelarán a nosotros mismos. Todos somos mendigos. Las personas son como nosotros; Europa, un viejo y deslucido ropaje de personas muertas; los libros, sus fantasmas. Dejemos esta idolatría. Acabemos con esta mendicidad. Despidamos incluso a nuestros amigos más queridos y desafiémoslos, diciéndoles: «¿Quiénes sois? Soltadme: no quiero depender más.» ¡Ah!, ¿no ves, hermano, que así nos separamos solo para reencontrarnos en una plataforma más alta, y somos más el uno del otro precisamente porque somos más de nosotros mismos? Un amigo es bifronte como Jano: mira al pasado y al futuro. Es el hijo de todas mis horas pasadas, el profeta de las que vienen, y el heraldo de un amigo mayor.

Hago con mis amigos lo mismo que con mis libros. Los quiero donde pueda encontrarlos, pero rara vez los uso. Debemos tener la sociedad en nuestros propios términos, y admitirla o excluirla por el motivo más leve. No me puedo permitir hablar mucho con mi amigo. Si es grande, me hace tan grande que no puedo descender a conversar. En los grandes días, los presentimientos revolotean ante mí en el firmamento. Debo entonces consagrarme a ellos. Entro para apresarlos, salgo para apresarlos. Solo temo perderlos cuando se retiran al cielo en el que ahora no son sino un parche de luz más brillante. Entonces, aunque aprecio a mis amigos, no puedo permitirme hablar con ellos y estudiar sus visiones, no sea que pierda las mías. Ciertamente me produciría cierta alegría doméstica abandonar esta búsqueda elevada, esta astronomía espiritual, esta exploración de estrellas, y descender a las cálidas simpatías contigo; pero entonces sé bien que lamentaré siempre la desaparición de mis poderosos dioses. Es verdad, la semana que viene tendré estados de ánimo lánguidos en los que bien podré ocuparme de objetos ajenos; entonces lamentaré la literatura perdida de tu mente y desearé

tenerte de nuevo a mi lado. Pero si vienes, quizá llenes mi mente solo con nuevas visiones, no contigo mismo sino con tus fulgores, y no seré capaz más que ahora de conversar contigo. Así, deberé a mis amigos este intercambio efímero. Recibiré de ellos no lo que tienen, sino lo que son. Me darán lo que propiamente no pueden dar pero que emana de ellos. Pero no me retendrán por ninguna relación menos sutil y pura. Nos encontraremos como si no nos encontráramos, y nos separaremos como si no nos separáramos.

Me ha parecido últimamente más posible de lo que creía llevar una amistad grandiosamente de un solo lado, sin la debida correspondencia del otro. ¿Por qué habría de apenarme que el receptor no sea de tanta capacidad? Al sol no le preocupa que algunos de sus rayos caigan lejos y en vano en el espacio ingrato, y solo una pequeña parte en el planeta que los refleja. Que tu grandeza eduque al compañero tosco y frío. Si es inferior, pronto pasará; pero tú te has agrandado con tu propio resplandor, y ya no siendo compañero de ranas y gusanos, te elevas y ardes con los dioses del empíreo. Se considera una desgracia amar sin ser correspondido. Pero los grandes comprenderán que el amor verdadero no puede ser no correspondido. El amor verdadero trasciende al objeto indigno y mora y se cierne sobre lo eterno, y cuando la pobre máscara interpuesta se desmorona, no se entristece, sino que se siente libre de tanta tierra y siente más segura su independencia. Y sin embargo, estas cosas difícilmente pueden decirse sin una especie de traición a la relación. La esencia de la amistad es la plenitud, una magnanimidad y una confianza totales. No debe sospechar ni proveer para la flaqueza. Trata a su objeto como a un dios, para deificar a ambos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB